

A

**LISA  
SCOTTOLINE**  
**VENDETTA**

Rosato & Associates - 6

La abogada Judy Carrier acepta el caso más importante de su incipiente carrera cuando un anciano inmigrante italiano aficionado a la cría de palomas, Anthony Lucia, es detenido por el asesinato de su enemigo de toda la vida, Abgelo Coluzzi. El viejo Tony confiesa haber matado a Coluzzi movido por un sentimiento de venganza que habría nacido más de cincuenta años atrás en Italia, en un ambiente dominado por la mafia, un odio enquistado que había teñido de tragedia la vida de Tony. Pero la culpabilidad es solo el primer escollo que deberá superar Judy, pues la familia Coluzzi clama venganza y está decidida a ajustar cuentas con Tony y con su abogada antes de que el caso llegue a los tribunales. Un caso plagado de sangre y recuerdos... Pero si existe la más mínima esperanza de hacer justicia, la joven y valiente abogada lo arriesgará todo por ganar.

*Al honorable Edmund B. Spaeth jr., que tanto  
me enseñó, a mí y a todos sus pasantes, sobre la  
ley, sobre la justicia y sobre el amor.  
Con mi eterna gratitud, y el mayor de los  
abrazos.  
Gracias, juez.*

## LIBRO PRIMERO

La conclusión a la que entonces se llegó es y seguirá siendo la misma hasta el día en que la llama de la vida se extinga en mi interior. En materia de integridad personal, nadie puede señalarme con el dedo acusador. Mi trabajo político podrá ser más o menos valorado, en uno u otro sentido, y no faltarán quienes me aclamen y me vapuleen con idéntica pasión, pero mi talla moral seguirá siendo incuestionable.

**BENITO MUSSOLINI,  
extraído de *My Rise and Fall* (1998)**

¡Italianos! He aquí el programa nacional de un movimiento genuinamente italiano. Revolucionario, por cuanto se opone al dogma y la demagogia; decididamente innovador, en la medida en que rechaza opiniones preconcebidas. Valoramos por encima de todo y de todos la vivencia de una guerra revolucionaria. Una vez que hayamos sentado los fundamentos de una nueva clase gobernante, dedicaremos nuestros esfuerzos a la resolución de otros problemas de índole burocrática, administrativa, legal, educativa, colonial, etcétera.

**Extracto de un programa del movimiento fascista, fechado a 6 de junio de 1919.**

*I grandi dolori sono muti.*  
«Las grandes penas son mudas».

**Proverbio italiano**

## Capítulo 1

---

La mañana en que mató a Angelo Coluzzi, Tony Lucia llegaba tarde para dar de comer a sus palomas. Desde que se dedicaba a la cría de palomas —la mayor parte de sus setenta y nueve años de vida—, jamás se había retrasado, y aquel día las palomas empezaron a protestar en el instante mismo en que abrió la puerta mosquitera. Abandonando sus perchas, graznando y zureando, echaron a volar en medio de una gran agitación en el interior de las pajarras, golpeando la malla metálica con sus alas y haciendo circular el aire en el diminuto palomar. El día había amanecido despejado sobre la ciudad y el viento de marzo soplaba con fuerza, lo que no contribuía a mejorar las cosas. Las palomas se morían por alzar el vuelo. Tony trató de apaciguarlas con un gesto de su mano apergaminada, pero sin demasiado empeño. Las palomas tenían derecho a sus malos modales, y él era un hombre tolerante. Con que supieran volar de vuelta a casa, tenía bastante. Eran palomos de carrera, todos y cada uno de los treinta y siete ejemplares de su palomar, y la suya no era una tarea fácil. Debían volar a un sitio en el que nunca habían estado, cubrir una distancia que en algunas competiciones alcanzaba los quinientos o seiscientos cincuenta kilómetros y luego hallar el camino de regreso a casa por cielos que nunca antes habían surcado, sobrevolando ciudades y campos que jamás habían visto y que no podían conocer, para regresar sin más auxilio que sus alas y su sentido de la orientación a un diminuto punto del sur de Filadelfia, todo ello sin ni siquiera parar para felicitarse por tan increíble proeza, algo que el hombre ni tan solo ha logrado explicar, y mucho menos igualar.

Eran muchos los errores que podía cometer una paloma: planear en círculos durante demasiado tiempo, como si estuviera de paseo o en una sesión de entrenamiento; distraerse por el camino, verse zarandeada por una tormenta imprevista, o, peor aún, simplemente dejarse vencer por el cansancio y perder el rumbo. Se contaban por miles los factores que podían desembocar en la pérdida de un precioso ejemplar, y la carrera no se podía dar por ganada ni siquiera después de que llegara el primer palomo sano y salvo. Muchas carreras se habían perdido por la lentitud de un palomo a la hora de introducirse en su pajarera, porque era el primero en alcanzar su palomar pero se detenía en el tejado y se entretenía de camino a la pajarera, de modo que su dueño no podía quitarle el anillo de la pata ni parar el cronómetro antes que el dueño de otra paloma menos parsimoniosa. Pero las aves de Tony se introducían como flechas en sus pajareras. Las criaba para que fueran las más veloces, las más inteligentes y las más valientes, a lo largo de seis e incluso siete generaciones, y con el tiempo aquellas aves se habían convertido en el centro de su existencia. No era, desde luego, una actividad apta para impacientes. Tony tardaba años, incluso décadas, en ver el fruto de sus esfuerzos, y solo recientemente había logrado la mejor marca en las competiciones que organizaba la sociedad colombófila a la que pertenecía.

De pronto, la puerta mosquitera se abrió de golpe, empujada por una ráfaga de viento, sobresaltando a Tony y a las diecisiete palomas de la primera pajarera grande, blancas como armiños, que empezaron a aletear con gran estrépito entre graznidos y chillidos. Era como si se hubiera desatado una tormenta de nieve en el interior de la pajarera. Tony se apresuró a cerrar la puerta del palomar, recriminándose el descuido. En circunstancias normales, habría corrido el pestillo de la puerta mosquitera nada más entrar—la vieja puerta se había combado debido a la humedad y no cerraba sin ayuda del pestillo—, pero aquella mañana

tenía la mente en otra parte, más concretamente en Angelo Coluzzi.

Poco a poco, las palomas blancas volvieron a sus perchas, pequeñas cajas de contrachapado que cubrían las paredes de las pajareras, pero con el pánico se desplazaron unas a otras, violando la división territorial a la que estaban acostumbradas y trastocando por completo el orden jerárquico, lo que dio pie a un nuevo alboroto.

—*Mi dispiace* —susurró Tony a las aves blancas, «lo siento». Aunque entendía el inglés, prefería el italiano. Igual que las palomas, o eso creía. Contempló los pichones blancos, en verdad palomas, que tan hermosos le parecían. Grandes y lozanos, sus plumas eran de un blanco tan puro que Tony se maravillaba de que solo Dios pudiera conseguir aquel color. Su plumaje nacarado contrastaba con la insondable oscuridad de sus ojos redondos, que parecían negros pero en realidad eran de un rojo muy profundo, denso como la sangre. A Tony le gustaban incluso sus cómicas patas de ave, con aquellas extrañas escamas rojas y el solitario dedo posterior, provisto de una garra tan negra como lo parecían sus ojos. Y se convencía a sí mismo de que las palomas eran más dóciles, más civilizadas que otras aves, como si fueran conscientes de lo especiales que eran. El motivo secreto de tan elevada consideración hacia las palomas era el amor que les profesaba su hijo, que había convencido a Tony para que dejara de soltarlas en las bodas a cambio de ciento cincuenta dólares. Tony se había embarcado en este negocio pensando que le daría un buen dinero extra. ¿Por qué no aprovechar y sacar algo de dinero para costear las semillas y medicinas, además de mantener a las aves en forma para cuando empezara la temporada de competición? Además, Tony se sentía feliz contemplando a las novias, cuyos rostros se iluminaban ante la visión de una bandada de palomas alzando el vuelo a la salida de la iglesia, ahora que estaba prohibido lanzar arroz. Se acordaba del día de su boda, menos fastuosa, aunque tales minucias

carecían de importancia siempre y cuando hubiera amor. Pero su hijo aborrecía la idea desde el principio.

—No son monos de feria —había dicho Frank—, sino atletas.

Tony había dado su brazo a torcer.

—*Mi dispiace* —susurró de nuevo, esta vez dirigiéndose a su hijo. Pero no podía pensar en Frank en aquel momento. Eso le habría resultado demasiado doloroso, y tenía que alimentar a las palomas.

Avanzó arrastrando los pies por el angosto pasillo, y sus viejas zapatillas de deporte, con las suelas desgastadas por el uso, rechinaron sobre la lechada que cubría el suelo de contrachapado. A diferencia de la puerta mosquitera, el pavimento había resistido bien al paso del tiempo. Tony había levantado aquel palomar con sus propias manos poco después de llegar a Estados Unidos desde sus Abruzzos natales, sesenta años atrás.

La construcción medía nueve metros de largo y tenía una sola puerta centrada que daba a un estrecho pasillo, el cual a su vez cruzaba el palomar de punta a punta. Este ocupaba todo el patio trasero de Tony, como si fuera un enorme ponedero. A uno y otro lado del pasillo descansaban tres grandes gallineros de malla metálica repletos de perchas, más allá de los cuales había un cuartucho abarrotado que hacía las veces de almacén, donde las semillas se mantenían a salvo de las ratas en el interior de un cubo de hojalata, junto a la estantería donde se alineaban los antibióticos, el espray antipiojos, las vitaminas y otros productos, todos sin etiqueta, en estantes blancos e impolutos.

Tony estaba orgulloso de la pulcritud de su palomar. Limpiaba el polvo de los antepechos de las ventanas, limpiaba los cristales con un líquido específico de intenso color azul y fregaba el suelo de las pajareras no una, sino dos veces al día. La higiene era importante para la salud de sus aves. Todos los años por primavera, antes de que empezara la temporada de competición, enjalbegaba el interior del



palomar. Lo había hecho la semana anterior, y el familiar olor a cal, unido al resplandor de la lechada, le había devuelto con una punzada de dolor el recuerdo del betún blanco con el que solía cubrir las rozaduras de los zapatos de Frank cuando este era poco más que un bebé y apenas sabía caminar. Ya no la fabricaban, pero Tony recordaba perfectamente aquella crema para calzado. Solía aplicarla a los rígidos zapatitos de Frank con una esponja que venía acoplada a la tapa, como una borla blanca de semillas de diente de león. Goteaba un poco, pero funcionaba bastante bien.

Tony movió la cabeza con gesto melancólico, recordando el olor calizo, que aspiró profundamente como si se tratara de la fragancia de una rosa. En el rótulo de papel azul del envase de crema para calzado había una pequeña fotografía circular de un bebé rubio de ojos azules que nada tenía que ver con el pequeño Frank, con sus rizos negro azabache y sus grandes ojos marrones. Pero, por absurdo que pareciera, Tony tenía la sensación de que, si aplicaba aquel aguachirle blanquecino en los zapatitos de Frank, su hijo tendría el mismo aspecto que todos los bebés estadounidenses y llegaría a ser uno de ellos, aunque tuviera el pelo negro y fuera huérfano de madre. Y cuando se cumplió su sueño, y Frank se convirtió en un ciudadano de pleno derecho del país en que había crecido, Tony seguía aferrándose supersticiosamente a la idea de que quizá la crema para calzado había tenido algo que ver. Debía dejar de pensar en su hijo, aunque no podía evitarlo, o por lo menos no aquella mañana, así que intentó concentrarse en la primera pajarera y en evaluar con su vista mermada el estado de las palomas, que se habían vuelto a posar en sus perchas y se iban tranquilizando. Tenían buen aspecto, no parecía que hubiera habido grandes peleas durante la noche. A Tony le preocupaban las peleas. Las palomas eran muy celosas de su territorio, siempre se estaban liando a picotazos por cualquier tontería, y las blancas solían llevarse la peor par-

te, lo que le disgustaba sobremanera porque quería verlas siempre sanas y hermosas. Por Frank. Tony enfiló el pasillo con su andar cansino hasta la segunda y la tercera pajarera, que contenían palomos de plumaje colorido, en su mayoría Meulemans con plumas de un marrón rojizo y Janssens. Había otras razas de color gris y marrón, y luego estaban las más comunes, que tenían un tono apizarrado y los ojos por lo general del mismo marrón oscuro. A Tony también le gustaban las razas de plumaje multicolor, en cuya vulgaridad se veía reflejado. No era un hombre llamativo, no era un *braggadocio*. No era altivo como otros hombres, que se comportaban como gallitos, y eso había sido su ruina; pero ahora ya no tenía importancia. Había dejado de tenerla mucho tiempo atrás, sesenta años atrás, para ser exactos.

Absorto en sus pensamientos, Tony miraba a los Janssens zureando y revolviéndose en su jaula, pero en verdad no los veía. Esta raza debía su nombre a la familia que la había criado, al igual que ocurría con los nombres de las otras razas. Tony siempre había albergado el sueño de llegar a producir su propia estirpe de palomas, pero había decidido no ponerle su nombre, sino el de otra persona. Nunca tuvo ocasión de hacerlo. Muchas de las mejores aves para cría venían de Bélgica y Francia. Los pichones italianos también daban buenos mensajeros, pero Tony no quería tener demasiado que ver con ellos, sobre todo con los llamados pichones Mussolini. Nadie que hubiera vivido bajo la dictadura del Duce querría saber nada de las palomas Mussolini. *Chi ha poca vergogna, tutto il mondo é suo*: «Qué desfachatez, se cree que el mundo entero le pertenece». ¡Palomas Mussolini!

Tony era un hombre de otros tiempos, al igual que sus recuerdos. Sintió ganas de escupir en el suelo, pero no quería ensuciarlo, así que se limitó a esperar que el temblor y la ira lo abandonaran, dejando a su paso un sabor a hiel en la boca. Abatido, inspeccionó sin demasiado afán a los Meulemans, que también parecían estar en forma. Él era el

único que había tenido una mala mañana. Una mañana para olvidar. La peor que había tenido en mucho tiempo, pero no la peor de su vida. La peor mañana de su vida había sido sesenta años atrás. Aquella mañana, tan lejana en el tiempo, y la presente. Tony había supuesto que se sentiría mejor después de hacerlo, pero no era así. Muy al contrario, se sentía peor. Había atentado contra Dios. Sabía que lo juzgarían por ello en el cielo, y estaba preparado para aceptar el castigo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por los sonoros arrullos de los Meulemans, que reclamaban así su comida, y los ojos oscuros de Tony se posaron, como siempre, en su paloma preferida, un macho Meuleman al que llamaba «el Anciano». El Anciano y Tony llevaban juntos dieciocho años. Era el más longevo de sus palomos, y cuando lo miraba no sabía decir con seguridad quién era el Anciano, si el pájaro o él. El Anciano zureaba tranquilamente en su percha del rincón, en la segunda pajarera, su cabeza altiva como de costumbre, los ojos vivos y atentos, el ancho pecho trazando una curva todavía robusta que le tapaba las patas. Tony recordó el día en que lo había visto salir del cascarón, a primera vista un pichón pardusco sin ninguna característica especial, a excepción de una marca de nacimiento en el ojo. Fuera la marca de nacimiento o la mirada del palomo, lo cierto es que algo en los ojos del Anciano le hizo presentir que aquel palomo sería el más rápido e inteligente de su palomar. Y en efecto, había sido el mejor.

—*Come sta?* —preguntó Tony al Anciano. Pero el Anciano sabía exactamente lo que quería decir, y no era un mero «¿cómo estás?».

Entonces el Anciano miró al otro anciano largamente. Tony no podía evitar la sensación de que el viejo palomo sabía lo que él había hecho aquella mañana, algo tan importante como para que Tony se retrasara en dar de comer a sus palomas. El Anciano sabía por qué Tony había tenido que hacer lo que había hecho, incluso después de tanto

tiempo. Y Tony sabía que contaba con la aprobación del Anciano. Fue entonces cuando Tony oyó a los coches frenando frente a su casa y en el callejón que quedaba justo por detrás del palomar, al otro lado del muro de hormigón. Los sonoros portazos que se solaparon a continuación indicaron a Tony que eran coches patrulla.

Los había estado esperando.

Pero las palomas se sobresaltaron con aquel repentino estrépito y empezaron a aletear en sus pajareras, y aunque Tony sabía que la policía estaba al llegar, sintió que se le erizaba el vello de la nuca, como solía ocurrirle mucho tiempo atrás. Se quedó inmóvil junto a las pajareras mientras los policías vociferaban palabras en inglés que no se molestó en traducir, aunque podía hacerlo. Luego tiraron abajo la vieja puerta de madera que se recortaba en el muro del patio trasero. Uno, dos, tres empujones bastaron para que la puerta se astillara y cediera bajo la presión de los hombros de los policías, que irrumpieron en el huerto pisando la albahaca y los tomates que Tony había plantado.

Venían a por él.

Tony no huyó. No lo habría hecho de todos modos, pero entonces recordó que aún no había dado de comer a sus palomas. Tendría que darse prisa para hacerlo antes de que la policía se lo llevara. Echó a andar hacia la despensa, y por el camino vislumbró a varios policías desenfundando sus negras pistolas en silencio, dándose instrucciones unos a otros por señas, y a dos de ellos colándose en su casa por la puerta de atrás, como los cobardes que eran, hombrecillos insignificantes que se ocultaban tras sus camisas negras y sus relucientes placas.

Tony sintió que se le revolvían las entrañas y le sorprendió comprobar que el odio más profundo pudiera anidar durante tantos años en el interior de un hombre y quemar como el fuego sin llegar jamás a consumirse.

Conviviendo con una absoluta tranquilidad de espíritu y el amor más profundo.

## Capítulo 2

---

—¡Venga, que es hora de comer! Vámonos —oyó decir Judy Carrier a las demás abogadas del bufete mientras cogían sus bolsos y chaquetas de entretiempo. Era el primer día verdaderamente primaveral tras un largo invierno, y ni siquiera los abogados podían sustraerse al influjo del buen tiempo. En el bufete legal de Filadelfia Rosato y Asociadas todos se encaminaban a la puerta de salida excepto Judy, que seguía acodada en su escritorio, intentando redactar un artículo sobre la ley antimonopolio, aunque el sol borraba las citas judiciales en la pantalla de su ordenador y el parloteo en el vestíbulo la distraía constantemente. No era fácil concentrarse y atender al mismo tiempo a los retazos de conversaciones que le llegaban desde fuera.

De pronto Anne Murphy, que se hacía llamar Murphy a secas, asomó la cabeza por la puerta abierta del despacho de Judy. Era una de las nuevas asociadas. Siempre llevaba los labios perfectamente delineados y la melena negra recogida hacia atrás en un moño de lo más coqueto.

—¿Te vienes a comer? —preguntó.

—No, gracias —contestó Judy. Por lo general le gustaba conceder a los demás el beneficio de la duda, pero le costaba respetar a las mujeres que se perfilaban los labios como si fueran libros para colorear. Judy nunca se maquillaba, y su idea de ir a la moda consistía en darse una ducha diaria—. Ya he comido.

—¿Y qué? Venga, no sales a almorzar desde hace semanas. —Murphy esbozó una sonrisa amistosa, aunque Judy sospechaba que en verdad aquel rictus suyo se debía al

perfilador labial—. Hace un día precioso. Ven a dar una vuelta con nosotras.

—No puedo, gracias. Tengo que hacer un artículo sobre el caso Simmons.

—¿No puedes ni salir a dar un paseo? Es viernes, por Dios.

—No tengo tiempo para paseos. De verdad, no puedo —insistió Judy, consciente de que aquello del paseo era una burda excusa. Murphy no salía de paseo sino de compras, y para Judy ir de compras equivalía a despertar su instinto homicida. ¿Qué les pasaba a aquellas niñas recién salidas de la facultad? No se salvaba ni una. Licenciadas en derecho por la universidad Ally McBeal, eso eran. Parecían estar convencidas de que ejercer la abogacía consistía en lucir minifaldas que rayaran en la definición legal de exhibicionismo. No se tomaban en serio la práctica del derecho, que era lo único que Judy se tomaba en serio en la vida. Para sus adentros, se refería a ellas como «abogadas murphianas».

—Bueno, vale. Pero no trabajes demasiado. —Murphy tomó la sabia decisión de esfumarse, no sin antes dar unas palmaditas en el marco de la puerta a modo de despedida.

Judy se quedó escuchando el familiar guirigay que se adueñaba del bufete a la hora del almuerzo, los cotilleos que llegaban cada vez más amortiguados desde el pasillo, de camino a los ascensores, que rechinaban al bajar cargados de gente en busca del sol. Rosato y Asociadas era un bufete pequeño, compuesto por tan solo nueve abogadas y el personal administrativo, lo que significaba que hasta al cabo de una hora, como mínimo, todas las llamadas telefónicas irían a parar automáticamente a un buzón de voz. Nadie abriría el correo electrónico, y los mensajes de fax languidecerían en bandejas de plástico gris. El bufete se quedó en silencio, a excepción de los ocasionales timbrazos telefónicos, y Judy sintió que todo su cuerpo se relajaba, en-

tregándose al sopor del mediodía, una corta tregua antes de que empezara el ajetreo de la tarde.

Se suponía que debía de sentirse sola, pero no era así. Le gustaba estar a su aire. Bebió a sorbos un café que se sirvió ella misma en un vasito de polietileno, sentada entre los pesados tomos de actas judiciales, las pilas de casos impresos, las notas garabateadas y la correspondencia que atiborraban su escritorio de madera y la mesa supletoria colocada en ele. Su despacho era pequeño, como el de todas las asociadas de nivel intermedio, pero Judy lo había llenado de tal forma que parecía una caja de cerillas, cosa que le traía sin cuidado. No veía su despacho desordenado, sino repleto, y se sentía muy a gusto rodeada de todas sus cosas. En su opinión, nadie necesitaba más un buen refugio que un abogado.

Papeles, memorandos, libros de texto de la facultad, novelas y varias ediciones de los códigos civil y penal llenaban los estantes que tenía ante sí y a su espalda, bajo la ventana. Junto a la pared lateral descansaban tres grandes clasificadores cuyas superficies de melanina quedaban ocultas bajo veinte gruesos archivadores en acordeón del caso Moltex contra Huartzter, uno de los casos antimonopolio más sonados y fallidos de la historia. Sobre el último clasificador, una pila de documentos —potenciales pruebas para el juicio— amenazaba a diario con venirse abajo. Sobre las paredes, acaparando todo espacio libre, había fotos de perros, caballos y familiares, certificados de admisión en tribunal y premios que Judy había cosechado como editora de una revista legal y como la segunda mejor estudiante de su promoción, así como sus diplomas de la Universidad de Stanford y de la facultad de derecho de Boalt. Judy era la gran eminencia del bufete en materia de leyes, y en su despacho, como era natural, reinaba un eminente desorden.

Y más ahora, que su amiga Mary no estaba presente para regañarla por tenerlo todo desperdigado. Mary DiNunzio había trabajado con Judy desde que ambas habían termi-